

COLECCIÓN NOEMA



Inteligencia

JOHN KEEGAN

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ADRIÁN VITIER

militar

*Conocer al enemigo,
de Napoleón a Al Qaeda*



TURNER

Título:

Inteligencia militar

Conocer al enemigo, de Napoleón a Al Qaeda

© John Keegan, 2003

Edición original en inglés: *Intelligence in War. Knowledge of the Enemy from Napoleon to Al-Qaeda*, 2003, Hutchinson

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: junio de 2012

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-7506-766-7

© De la traducción: José Adrián Vitier, 2012

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez

Depósito Legal: M-22347-2012

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Para Rose.

ÍNDICE

Prólogo	11
I Conocer al enemigo	15
II Persiguiendo a Napoleón	37
III Conocer el terreno: Stonewall Jackson en el valle de Shenandoah	85
IV Inteligencia inalámbrica	123
V Creta: la información previa no ayudó	177
VI Midway: ¿un triunfo solo de la inteligencia?	223
VII La batalla del Atlántico: la inteligencia, un factor entre muchos	269
VIII La inteligencia humana y las armas secretas	315
Epílogo: la inteligencia militar desde 1945	359
Conclusión: el valor de la inteligencia militar	389
Listado de mapas	423
Notas	425
Bibliografía	435
Índice	441
Agradecimientos	459

PRÓLOGO

El propósito de este libro es responder a una sencilla pregunta: ¿hasta qué punto es útil la inteligencia militar? El número de publicaciones sobre este tema indica que es una cuestión sumamente importante. Las estanterías crujen bajo el peso de los libros sobre la máquina alemana Enigma; sobre la escuela británica de códigos y escritura cifrada de Bletchley Park, que atacó a Enigma; sobre la decodificación estadounidense de los mensajes cifrados japoneses; sobre las operaciones engañosas, y simultáneas, para confundir al enemigo; sobre los agentes que arriesgaron sus vidas para que estas operaciones tuvieran éxito o para descubrir los secretos del enemigo infiltrándose en sus filas. La literatura de ficción sobrepasa en volumen a la que documenta los hechos. Los relatos de espionaje se convirtieron en el siglo xx en una de las formas literarias más populares, y sus autores, desde John Buchan hasta John Le Carré, ganaron fama y fortuna con ellos.

El clima creado por los maestros de la ficción de espionaje influyó profundamente en la actitud de la gente hacia el trabajo de los servicios de inteligencia. La fascinación por las técnicas reveladas, el uso de la escritura cifrada, los buzones muertos, los agentes, la “conversión” de agentes en “agentes dobles”, la vigilancia, la interceptación y una docena de prácticas más de ese mundo encubierto, tuvo el efecto de presentar la técnica como un fin en sí mismo. El “espía” alcanzaba estatus de héroe, o a veces de antihéroe; una figura misteriosa y glamurosa cuya importancia estribaba en lo que era y no en lo que hacía.

Resulta notable que muy pocos de los relatos más célebres de espionaje establezcan una conexión entre las actividades del espía y el propósito por el cual este, supuestamente, arriesga su vida. En *Greenmantle*, por ejemplo, la maravillosa novela de John Buchan sobre el espionaje en Turquía durante la Primera Guerra Mundial, se hace imposible para

el lector discernir al final exactamente qué ha hecho Sandy, como Greenmantle: ¿ha frustrado una *yihad* musulmana contra Gran Bretaña y sus aliados o, por el contrario, se ha convertido en un profeta musulmán? En *El enigma de las arenas*, la primera novela seria de espionaje que apareció, y una de las mejores hasta hoy, Erskine Childers sugiere sutilmente cómo los alemanes habrían podido montar una invasión de la costa este de Gran Bretaña mediante canales secretos en torno a las islas Frisias; pero el desenlace de su historia no muestra que sus dos patrióticos regatistas realmente hicieran tomar al Almirantazgo las debidas precauciones. En la maravillosa novela de Kipling *Kim*, un inolvidable panorama de la vida errabunda en la India, pero en esencia una historia de espionaje, el protagonista ayuda inadvertidamente a frustrar una rebelión en uno de los principados; pero el clímax de la novela no tiene otro efecto que dejar como tontos a unos espías rusos en la frontera con el Himalaya. En las reconstrucciones brillantemente realistas que hace John Le Carré de la vida de los espías y los contraespías, casi nunca se presenta un desenlace objetivo para las acciones de sus personajes. Están luchando en la Guerra Fría; pero, al término de sus intrincados engaños y manipulaciones, la Guerra Fría continúa.

El autor podría con toda razón aducir que estaba plasmando la realidad; la Guerra Fría, por fortuna, no tuvo un desenlace, ciertamente no lo tuvo en términos militares, y los servicios de inteligencia de ambos bandos se ocuparon de que así fuese. Estaban jugando, y el sentido de aquel juego era prolongar la partida, no ganarla. Nadie podría negar esto; ni pretender que, en ausencia de un resultado tangible, la inteligencia militar sea una actividad vacua.

No obstante, los servicios de inteligencia de todos los estados surgieron para impedir que el enemigo obtuviese una ventaja militar, y a la vez para alcanzar una ventaja propia. En tiempo de paz los servicios de inteligencia no hacen otra cosa que mantenerse. En caso de guerra se supone que garantizan la victoria. ¿Cuán efectivos son? ¿Cómo logran su objetivo, o cómo no lo logran?

Las novelas de espionaje han diseminado una enorme cantidad de información sobre las técnicas de los servicios secretos. Algunas cosas son ciertas, otras son tendenciosas. Sin embargo, los novelistas, incluso los que tienen experiencia personal en trabajos de inteligencia como John Le Carré, rara vez exponen en detalle los componentes esenciales

y la secuencia de una operación de inteligencia efectiva. Lo cual es comprensible. Buena parte de los trabajos de inteligencia es prosaica y burocrática, poco práctica para el posible lector. Sin embargo, hasta los elementos más prosaicos son esenciales para que las labores de inteligencia resulten útiles. Hay cinco etapas fundamentales:

1. *Adquisición*. Primero hay que obtener la información. Esta puede estar fácilmente disponible en cualquier publicación pasada por alto. Un antiguo director de la CIA prevenía a sus analistas contra lo que él llamaba el síndrome *Enciclopedia Británica*: no malgastéis esfuerzos en buscar información que esté disponible en los diarios, revistas especializadas o monografías académicas. En la Rusia de Stalin se tomaban medidas para que fuese muy difícil adquirir información: restringiendo la distribución de materiales de uso cotidiano como los listines telefónicos y los mapas de las calles. Sin embargo, como regla general podemos establecer que la información útil para un adversario suele ser lo que se dice “secreta”, y ha de ser obtenida por medios clandestinos. Los métodos más usuales son el espionaje, en todas sus formas, ahora llamado técnicamente “inteligencia humana” o *humint* [de *human intelligence*]; interceptando las comunicaciones del adversario, lo que probablemente requerirá decodificación, “inteligencia de señales” o *sigint* [de *signal intelligence*]; y mediante la vigilancia visual o con dispositivos de imágenes, cámaras o sensores, utilizando aviones o satélites.

2. *Entrega*. Una vez obtenida, la información debe ser entregada a su usuario potencial. La entrega suele ser la etapa más difícil, especialmente para el transmisor de *humint*. El agente proveedor de *humint* puede ser vigilado, espiado o interceptado, y es susceptible de ser detenido en los puntos de encuentro. Además, el emisor está siempre apremiado por la urgencia. Los informes de inteligencia envejecen pronto, o los acontecimientos les toman la delantera. Pierden su valor a menos que sean entregados oportunamente, y mejor en “tiempo real”, lo cual permite actuar en consecuencia.

3. *Aceptación*. La información tiene que ser creída. Los agentes que ofrecen sus servicios han de establecer sus credenciales: podría tratarse de agentes enemigos. Nuestros propios agentes podrían pasarse al otro bando o caer bajo el control del servicio de contraespionaje del enemigo. Incluso la información ofrecida de buena fe puede ser errónea, o

no del todo fidedigna. La información que es interceptada parece más fiable, pero puede ser falsa. Incluso si no lo es, solo puede contener una parte de la verdad. Henry Stimson, secretario de Estado estadounidense, previno con razón acerca de la diferencia entre leer la correspondencia de un hombre y leer su mente.

4. *Interpretación.* La mayoría de la información obtenida viene en retazos. Para armar un relato coherente, hay que unirlos entre sí. Esto suele requerir del trabajo de muchos expertos, que tratarán afanosamente de exponerse unos a otros lo que han averiguado mediante pistas individuales y disentirán acerca de la importancia relativa de sus hallazgos. En última instancia, la composición de un relato completo puede requerir que un superior haga una inspirada conjetura, acertada o no.

5. *Implementación.* Los oficiales de inteligencia trabajan subordinados a un nivel superior: así como ellos necesitan ser convencidos de la fiabilidad de las informaciones, deberán a su vez convencer a los jefes políticos y los mandos militares, es decir, a quienes toman las decisiones, de la fiabilidad de sus envíos. No existe nada parecido a la “clave decisiva”, a la “información de inteligencia pura” que despeje todas las dudas y guíe a un general o almirante hacia una solución infalible de su problema operativo. No solo ningún informe de inteligencia es del todo exacto, sino que el desarrollo de los acontecimientos altera su valor. Como memorablemente observó Helmuth von Moltke, artífice de las brillantes victorias de Prusia sobre Austria y Francia en el siglo XIX, y acaso el más grande intelectual militar de todos los tiempos: “Ningún plan sobrevive a los primeros cinco minutos de encuentro con el enemigo”. Con igual veracidad pudiera haber dicho que ningún cálculo basado en informes de inteligencia sobrevive totalmente a la prueba de la acción.

En este libro estudiaremos una selección de casos que comienza en la época de los barcos de vela, cuando la dificultad suprema de la inteligencia militar era adquirir información valiosa en un lapso de tiempo que permitiera utilizarla, y termina en la era moderna, cuando abunda la información estratégica de todo tipo, pero su volumen amenaza con superar la capacidad de la mente humana para evaluarla. Su tema es que la inteligencia militar, por buena que sea, no señala indefectiblemente el camino de la victoria. La victoria es un premio huidizo, que se obtiene más con sangre que con argucias. La inteligencia es la sirvienta y no la amante del guerrero.